

Editorial

América Latina es la región más desigual del mundo en términos de distribución de la riqueza... y Chile es una de las sociedades más desiguales dentro de esta región ominosa. Tal es todo el escenario sobre el que se inscribe nuestra *Némesis*.

En términos generales, si bien la situación económica personal es mejor que la de la generación anterior y crecen las expectativas de consumo en toda la población, la desigualdad ha ido en aumento en las últimas tres décadas. Desde el discurso oficial se percibía que el principal problema de la economía chilena estaba asociado a los desequilibrios macroeconómicos y la inflación. Cuando parecía que dichos problemas estaban controlados y se ofrecían las condiciones de posibilidad para instituir un debate en torno a temas distributivos, la emergencia de una crisis económica mundial viene a posicionar al problema de la desigualdad en un segundo plano. Sin embargo, al interior de este panorama reafirmamos la necesidad de repensar la desigualdad en todas sus dimensiones: inclusión, igualdad de oportunidades, movilidad social, vulnerabilidad, capacidad de acción. Y es que la desigualdad no sólo es un problema económico; es también un problema político que se evidencia como riesgo para la democracia. En efecto, al impedir la movilidad social, la desigualdad está asociada a una erosión del sentido de comunidad que a su vez repercute en el aumento de la conflictividad social.

En este contexto, es necesario redefinir los términos de la discusión que históricamente refleja el debate latinoamericano en torno al desarrollo, el crecimiento y la equidad. Durante mucho tiempo en América Latina la respuesta inmediata a los problemas de desigualdad se redujo únicamente al crecimiento. La desigualdad nunca tuvo un rol protagónico. Pero si bien el crecimiento económico ha sido muy importante para reducir la pobreza y la indigencia, al mismo tiempo que ha incrementado la cobertura en educación, salud y vivienda, aún es necesario un proyecto incluyente de los grupos más débiles y de menores ingresos, junto a una orientación a la igualdad de oportunidades.

Es en esta dirección que se debe contribuir a superar el vacío slogan concertacionista de "crecimiento con equidad", así como cuestionar la consigna que resume el sentido histórico que el gobierno actual quiere proyectar: consolidar una plataforma que permita instalar un sistema de protección social. De hecho, el sistema de protección social y su énfasis en el bienestar no significa necesariamente un cambio respecto a la matriz ideológica neoliberal que se instala en Chile desde la dictadura, a partir de la cual se supedita la equidad y el desarrollo al crecimiento: es decir, la equidad como resultado y no como condición de posibilidad del crecimiento y el desarrollo.

Por cierto, sabemos que la desigualdad es un fenómeno estructural y cultural que no puede explicarse (ni legitimarse) en términos de responsabilidad individual: su origen está en las estructuras socioeconómicas y culturales de la sociedad. Por ello la solución de la desigualdad no pasa sólo por un

cambio en el sistema económico ni por cambios en el sistema político. De ahí que la perspectiva desde la cual nos orientamos como Revista parte por comprender que la desigualdad es reflejo de la distribución del poder. Dicho de otro modo, la estructura social y política de un país remite al modo en que se articulan los procesos sociales en términos hegemónicos e ideológicos: la desigualdad no está inscrita en un orden natural, es más bien un producto social anclado a ciertas estructuras de poder que se reproducen. Al asumir la perspectiva de las relaciones de poder buscamos subrayar el estatus conflictivo del campo social, así como la tensión que persiste entre subjetividad y racionalización como *ethos* de la modernidad. Al mismo tiempo, buscamos relevar los efectos de la desigualdad en términos de subjetivaciones en el campo social y cultural. Así, pensar la desigualdad y la composición social que la produce en términos de relaciones de poder permite entender, por ejemplo, la despolitización actual del sujeto y su reclusión en el individualismo como consecuencia de las nuevas formas de subjetivación.

Insisto: hemos planteado a la desigualdad y no a la equidad como problema. Y ello no es trivial. La *equidad* se reduce a la igualdad de oportunidades para la satisfacción de necesidades básicas (acceso a un mínimo de subsistencia) o aspiracionales; esto exige del Estado un marco de políticas que aseguren una plataforma común para todos, así como políticas correctivas del mercado en caso de no existir tal plataforma. La *igualdad*, en cambio, apunta a que exista una menor distancia tanto respecto del poder como la riqueza en una sociedad, y para ello supone del Estado una acción redistributiva –y no sólo correctiva- del mercado. Pero, aún más, la igualdad implica reconocer a los sujetos y actores sociales que se involucran en los cambios de la sociedad. Si no confundimos igualdad con equidad –como lo ha venido haciendo un cierto discurso que enfatiza ya sea el acceso de todos a las oportunidades, ya sea la reducción de la pobreza- es porque nos interesa una perspectiva no sólo política o ética, sino que implacablemente crítica.

Por lo tanto, creemos que el problema no pasa por ofrecer soluciones desde políticas públicas parciales. Dicho de otro modo, las políticas de igualdad deben cubrir tanto igualdades económicas como culturales, y expresarse en la capacidad de acción al interior de la matriz de relaciones de poder de nuestra sociedad (a nivel de actores, movimientos sociales, sujetos de discurso, clases, etc.). Y es que las reformas estructurales aplicadas en América Latina durante los ochenta no sólo implicaron cambios a nivel de las bases del sistema productivo y en la relación de los países con la economía mundial, sino que también produjeron nuevas configuraciones a nivel de las prácticas políticas, las subjetividades y la cultura. La desigualdad creciente, como secuela de dichas reformas, no sólo ha provocado efectos en la condición material de los sujetos, sino también en los modos de pensar y construir imaginarios. En efecto, la consolidación del modelo neoliberal ha instalado formas de desigualdad instituidas simbólicamente –y legitimadas- en nuestra cultura y en nuestra vida cotidiana. La desestructuración de las relaciones y del tejido social que la desigualdad trae consigo, al mismo tiempo que afecta la acción del Estado, la integración simbólica y material, deja a los sujetos con una sensación de desprotección que los obliga a reconfigurar sus individualidades.

En definitiva, pensar la desigualdad junto con la configuración de las relaciones de poder que inciden en la distribución de la riqueza y la capacidad de acción obliga a ir más allá de los diagnósticos socioeconómicos y sus indicadores: obliga a pensar el lazo social más allá de un modelo de sociedad que refleja la atomización de los actores dentro del mercado. Nos obliga, en suma, a pensar en la capacidad deliberativa de un sistema político sujetado al economicismo y la tecnocracia, y a proyectar un horizonte normativo más allá de la relativa democratización política de nuestros días en función de

fortalecer una verdadera democratización social.

Ver la desigualdad desde distintas perspectivas: desde la estructura social que la sostiene, desde los mecanismos ideológico-hegemónicos que la reproducen y desde las subjetividades que se constituyen y la padecen. Tal es el gesto que resume el presente número de *Revista Némesis*.

Cada uno de los artículos que dan cuerpo a estas páginas lleva consigo su propia Némesis: superar la forma de organización social que agudiza la brecha entre integrados y excluidos para promover la igualdad supone repensar los estilos de desarrollo; pensar las formas de imposición, legitimación y reproducción de un sistema sustentado en desigualdades implica analizar las formas ideológicas que a nivel simbólico se establecieron en dictadura y consolidaron en postdictadura; describir la heterogeneidad estructural de nuestra sociedad conlleva una cartografía de la segmentación en niveles desiguales de acceso a educación, salud y bienestar en la población; analizar la inserción del país en la red global implica mostrar cómo el destino de los chilenos queda en manos del capital financiero transnacional que impone condiciones de acceso a recursos que no cuentan con sentido de solidaridad social; estudiar la historia de Chile es estudiar la historia de desigualdades ciudadanas ligadas al origen social, a la interferencia de influencias y a poderes que se derivan de situaciones heredadas; observar nuestra comunidad nacional es descubrir desigualdades que provienen de la intolerancia y discriminación étnica que erosionan los valores de diversidad cultural; y un largo etcétera.

Sostener y descentrar la crítica frente a estas desigualdades. Allí radica todo el interés en publicar nuestro séptimo número de *Revista Némesis*. **N**

ÁLVARO JIMÉNEZ MOLINA
Director

